

**De cómo los botones sirven de gran modelo
semiológico para conversar sobre el
Conflicto.**

Ricardo Ariza López.

*“ Marco Polo describe un puente piedra por piedra.
--¿ Pero cuál es la piedra que sostiene el puente?—
pregunta Kublai Kan.*

*-- El puente no está sostenido por esta o aquella
piedra—responde Marco, sino por la línea del arco
que ellas forman.*

Kublai permanece silencioso, reflexionando.

Después añade:

*--¿ Por qué me hablas de las piedras? Es sólo el
arco lo que me importa.*

Polo responde: -- Sin piedras no hay arco.”

Italo Calvino

Las ciudades invisibles

1. Botones y semiología.

Una extensa, pero necesaria exposición de Umberto Eco, acerca del problema semiológico de los botones, parece ser una adecuada forma de introducirnos en el conversatorio que hoy nos convoca: Semiología del Conflicto.

“ La noción de signo se postula filosóficamente para definir tanto la palabra como las nubes como los botones, en cuanto que se los considera *algo que está en lugar de otra cosa según las modalidades de la inferencia*. Aquello de lo que se ocupa la semiótica general no son ni géneros naturales, ni géneros artificiales, ni géneros funcionales: **es una relación de mediación, son las condiciones con arreglo a las cuales una actividad interpretativa puede reconocer cualquier objeto como entidad semiótica**. Antes del discurso semiótico que los establece, *los signos no existen*.

Sólo con esa condición será posible estar al juego y ensayar (pero no sólo por juego) una semiótica – no una ciencia natural – de los botones.

De las muchas propiedades morfológicas de los botones algunas pueden ser accidentales (la forma circular y el tamaño: se puede concebir un botón cuadrado de ochenta metros de perímetro para un gigante gulliveriano), pero son esenciales para su reconocibilidad: que esté fijado a un borde de tejido y que en otro extremo, plegable sobre el primero, haya un ojal. Además está

caracterizado por algunas propiedades funcionales, como la capacidad de introducirse en el ojal para fijar mutuamente los dos bordes de tejido. Igualmente imprecisa es la definición de tejido (un botón puede fijar los bordes de un traje o recipiente de plástico), pero creo que se puede lograr la definición de un conjunto de propiedades que aconsejan, para cierto material no rígido, el uso de botones en lugar de cordones o *poussoirs*. Botón y ojal forman un sistema de oposición elemental. La presencia del botón es, en principio, el indicio de la presencia de un ojal o viceversa.

No obstante, un buen diccionario advierte que los botones pueden tener también función ornamental (y ha habido épocas en que se ponían botones de materiales preciosos por todos lados, hasta en los hombros y la espalda). Los botones ornamentales son *síntomas falsos* (como también lo son los ojales ornamentales, como el de la chaqueta, posteriormente dedicado a otros usos, como la inserción de flores o distintivos). **Como se pueden falsificar los síntomas, los botones ornamentales parecen formas de "mentira" para fines estéticos, son una especie de figura retórica.**

Pero, inicialmente caracterizables como caso de mentira, los botones ornamentales no tienen una función mentirosa. En relación con ellos se plantea una especie de implicación conversacional : si alguien ostenta un síntoma falso, no intenta ocultar su falsedad y no tiene razones para mentir (es decir, para sugerir la presencia de ojales que no existen), ha de haber una razón. El botón ornamental aparece como una especie de derroche planificado. En muchas civilizaciones (de los maoríes a las sociedades industriales estudiadas por Veblen) el derroche

planificado connota riqueza (naturalmente, no es pertinente que esa riqueza "significada" sea o no efectiva): una chaqueta con más botones que ojales "dice" que su portador puede permitirse cierto derroche para fines de ostentación...

La presencia del botón señala la posibilidad de que el traje vaya abotonado. Según los códigos vestimentarios corrientes, un traje abotonado, connota mayor formalidad que un traje desabotonado. Muchos botones connotan extrema formalidad. Según otros aspectos del código vestimentario, la preciosidad del material connota, una vez más, riqueza. A traje precioso corresponde botón precioso. Botones preciosos fijados a un traje (aun cuando no sea particularmente precioso) connotan la preciosidad del traje. No expresan la posibilidad del abotonamiento, sino de una posición social. La más preciosa de todas las substancias es el oro. Iconográficamente, el color amarillo significa el oro. Los botones amarillos oro, aun cuando no sean de oro, expresan posición social. Esa es la razón por la que los generales llevan muchos botones (funcionalmente inútiles) y esos botones, cuya abundancia significa formalidad, son de oro (significación de posición social). Una doble fila de botones de oro sobre un traje desgarrado o sobre un hábito talar (ambos adaptados para significar determinada posición social) producen una especie de contradicción semiótica, como la aparición de una elaborada y clasicizante figura retórica en un manual técnico para fines funcionales que exhiba pretensiones de univocidad semántica y literalidad absoluta.

...Si hemos hablado de botones, no ha sido sólo para afrontar la provocación, sino porque parecía interesante partir de un argumento aparentemente tan frívolo y marginal para sugerir que las estrategias de la significación pueden ocultarse por doquier ,

por doquier hay que afrontarlas según el tipo de sistematización que requieran (los botones no son ni nubes ni frases) y, sin embargo, siempre a la luz de algunos conceptos postulados por una semiótica general. También un botón significa, porque puede situarse en el origen de un proceso interpretativo estructurado según los modos de la inferencia, el mismo que rige la comprensión de un término o la aclaración de la ambigüedad de una frase, la lectura de un texto, la reacción a una imagen concebida según el modo simbólico, de la metáfora o la alegoría.”
(1).

2. De los botones al silencio de los inocentes.

La exposición de Eco conduce a un planteamiento que él mismo ha denominado *el cálculo semiótico de una frecuencia cultural de las interpretaciones*.

La interpretación supone un ejercicio cuyo carácter va más allá de una restringida adecuación lingüística al texto literal. Obliga a una relación de contexto como “texto que significa”, por una parte, y por la otra, a un reconocimiento de que “hay alguien que interpreta”. El cálculo semiótico no es un problema de traducciones literales de texto. Es, por el contrario, una necesaria lectura de **cómo leen los demás, desde dónde leo yo, bajo qué condiciones históricas y culturales se lee, qué hace que aparezcan simultáneamente diversos significados de una misma situación, enunciándose todos ellos como “posturas de verdad absoluta”**. Preguntas que hacen de la interpretación la

antesala de toda " real comprensión " de cualquier fenómeno humano. Bien lo decía Wittgenstein: " Pero ¿ cuál es el significado de la palabra "cinco"? – No se habla aquí en absoluto de eso; sólo de cómo se usa la palabra "cinco" .

¿ Interpretar el Conflicto ? ¿ Bajo qué condiciones se leen los significados que "construyen" como texto una realidad denominada Conflicto ?

Apenas se rechaza una pregunta y...qué sorpresa, poco a poco se complica lo simple: se tambalea la insistente actividad del nombrar, comienza a deshacerse el símil del mosaico y la "teoría del conflicto" que conlleva, se enturbia una consigna frecuentada. Lección: a menudo, aunque más complicado, aclara y es de mayores consecuencias rechazar una pregunta que responderla. La actividad de nombrar-interpretar es una de esas actividades, uno de los tantos usos del lenguaje, no esa "naturaleza simple" e inexistente, el uso. Pero ¿ no es el interpretar aquello que amarra las palabras a las cosas ? Explicar el significado de una palabra a quien no la comprende suele dividirse en dos tareas: se explica una palabra en términos de otras palabras que se suponen ya conocida (como lo hace quien consulta un diccionario) o se da una " definición ostensiva", se indica la cosa a que se refiere la palabra. **¿ No conforma, entonces, la "definición ostensiva" , en tanto nombrar directo, el "amarre" simple entre el lenguaje, ese mosaico de palabras, y la realidad ?** Hora de un ejercicio de "lector ingenuo": armar el siguiente mosaico para crear una realidad nombrada conflicto. Las palabras son: *Combatientes, Amnistía, Crímenes de guerra, Desmovilización, Derecho a la vida, Guerrilla, Insurrección, Mediación, Paz, Población Civil, Prisioneros de Guerra, Sociedad Civil, Tregua, Violencia.*

Muy bien, ha descubierto que no es un lector "tan ingenuo". No hay tal "amarre" simple: las "definiciones ostensivas" pueden malentenderse a la manera de cualquier otra expresión. Como el resto del lenguaje, para **comprenderse**, tales definiciones presuponen situaciones características y sus correspondientes entrenamientos.

Decir no es interpretar. Decir es hacer, incluso cuando se interpreta. Afirma el mismo Wittgenstein: "*La pregunta "¿qué es realmente una palabra?" es análoga a "¿qué es una pieza de ajedrez?"*".

No se puede comprender lo que es una pieza de ajedrez si no se entiende el juego, y no se entiende, si no se sabe las reglas que lo definen. No definir las reglas es caer en un vértigo simplificador, donde no superamos los universales a que solemos abrazarnos: generalizaciones precipitadas a partir de un malentendido de la acción de nombrar. Que se trate de un malentendido es, tal vez, lo de menos; lo grave es **la ligereza con que se simplifica para generalizar**, de ahí el enérgico llamado a no ceder al impulso casi ciego de "simplificar las explicaciones". Por el contrario se trata de escudriñar con minucia el objeto o suceso que se tiene enfrente, de recorrer. Para decirlo con un vocabulario wittgensteiniano: toda descripción se realiza con un lenguaje y un lenguaje es inevitablemente, parte de una forma de vida, lo que implica: parte de una tradición con sus conceptos, sus argumentaciones y sus virtudes, tanto morfológicas como procedimentales. *No hay descripciones puras, evidentes y circunstanciales.*

No hay descripciones inocentes. En la semiología del conflicto, el silencio de los inocentes, apuesta como Fausto, a vender su alma al diablo.